

ARTÍCULO PRODUCTO DE INVESTIGACIÓN

La antropología de Jaime Balmes

The anthropology of Jaime Balmes

Carmen M^a Chivite Cebolla ¹
Universidad Católica de Ávila

Recibido: 02.03.2022

Aceptado: 12.05.2022

Resumen

El *leitmotiv* que impulsa a Jaime Balmes en todo su quehacer es un profundo amor a la verdad. Con él se da comienzo al estudio de su *Antropología*, pues es gracias a esa confianza y apuesta por la verdad-realidad por la que se justifica y alienta la búsqueda concreta de la verdad del ser humano. Partiendo de ella, revitalizada la verdad y nuestra capacidad cognoscitiva, Balmes afronta el problema antropológico contemporáneo, a saber, si existe la naturaleza humana y qué sea ésta. Rescata así, prontamente, la esencia y la existencia humanas, esto es, la verdad y la libertad del hombre, existencia libre que sólo puede llegar a su perfección si asume y desarrolla su propia esencia o verdad —«La verdad os hará libres»—. Recuperada la *naturaleza humana*, su esencia, Balmes se puede preguntar por qué sea ésta, por qué es el ser humano. Siguiendo su realismo metodológico (objetivo y subjetivo), se aborda esta importante cuestión desde un primer estudio *analítico* (lo que le liberaba de cualquier forma de *panteísmo*), completándolo con el *sintético* posterior (librándole entonces del exceso *relativista*). Pero esta división metodológica se va a mostrar, en la antropología balmesiana, como clave misma de interpretación del ser y *misterio humano*: Antropología *integral e integradora* que permite comprender y acoger al ser humano en toda su riqueza y diversidad, y le ofrece el camino de

¹ carmen.chivite@ucavila.es
<https://orcid.org/0000-0002-4943-0525>

la armonía o unidad, en esa diversidad (interior y exterior), como clave para alcanzar su máxima plenitud.

Palabras clave: Balmes, Antropología, Realismo, Integral, Integradora.

Abstract

The main reason that drives Jaime Balmes in his work is a deep love for the truth. With him the study of his Anthropology begins, because it is thanks to that trust to truth-reality that justifies the concrete search for the truth of the human being. Balmes then confronts the contemporary anthropological problem, namely, if human nature exists and what it is. In this way he rescues the human essence and existence, that is, the truth and freedom of man, a free existence that can only reach its perfection if it assumes and develops its own essence or truth —«The truth will make you free»—. Recovered human nature, Balmes can ask why it is, why is the human being. Following his methodological realism, this important question is approached from a first analytical study (which freed him from pantheism), completing it with the subsequent synthetic one (thus freeing him from the relativistic excess). But this methodological division is going to be shown as the very key to the interpretation of the human being: comprehensive and integrative anthropology that allows us to understand (the human being) in all his richness and diversity, and offers him the harmony or unity, in that diversity (interior and exterior), as the key to reaching its maximum fullness.

Keywords: Balmes, Anthropology, Realism, Comprehensive, Integrative.

Introducción

A modo introductorio, y previamente a lo que será el desarrollo de esta sencilla contribución a la comprensión y divulgación de la antropología balmesiana, se ofrecen algunas notas sobre la vida y obra de Jaime Balmes².

Jaime Luciano Antonio Balmes y Urpiá nació en Vic (ciudad próxima a Barcelona, España) un 28 de agosto de 1810, y murió en esta misma ciudad el 09 de julio de 1848, con todavía no cumplidos los 38 años de edad.

Jaime Balmes comienza sus estudios en el seminario de Vic en 1817, a la edad de 7 años. En 1825 continúa sus estudios en la universidad de Cervera, de la que se licenciara en 1833 en Teología, y será ordenado sacerdote un año más tarde (1834). En 1835 recibe el doctorado en Teología y Bachiller en Cánones por esta misma universidad. De 1837 a 1841 (de los 27 a los 31 años) Balmes permanece en Vic en lo que se ha denominado como su *vida escondida*, años de estudio, reflexión y docencia, que le prepararán para su posterior e intensa *vida pública* (1841-1848). En el transcurso de estos años de aparente inacción, es cuando publica en 1839 *Memoria sobre el Celibato del Clero* en el periódico *El Madrileño Católico*, y por lo que Balmes empieza a ser conocido (gana el premio a la redacción de este periódico). A partir de esta fecha, Balmes ilustrará con su abundante y variada producción no sólo a los intelectuales de su siglo, sino a toda una población a la que se va a dirigir de forma ágil y cercana.

Tras la publicación de este primer artículo que le lanza a la fama, Balmes publica el opúsculo *Consideraciones políticas sobre la situación de España* en 1840 y *La religión demostrada al alcance de los niños* en 1841. Ese mismo año (1841) marcha a Barcelona y funda, junto con otros compañeros de la universidad de Cervera, la revista apologética quincenal *La Civilización*. Poco después, y con el cierre de esta primera revista, Balmes se lanza a publicar una nueva revista quincenal de carácter religioso, cultural y político, llamada *La Sociedad*. Es

² Para una biografía completa, consúltese: I. Casanovas, *Balmes, su vida, sus obras y su tiempo*. Barcelona: Ed. Balmes, 1942; o J. Balmes, *Biografía, OC*, BAC V, 1948

también en estos mismos años cuando Balmes publica, en cuatro tomos (1842-1844), su obra máxima en apologética: *El protestantismo comparado con el catolicismo*, que se traducirá prontamente al francés; y poco más tarde al italiano, al alemán y al inglés.

En 1843 escribe, en tan sólo mes y medio, su primera obra filosófica, *El Criterio*. Su publicación se demorará hasta 1845, no dejándose de reeditar desde entonces. En 1844 Balmes fija su domicilio en Madrid (hasta 1847) y funda allí un periódico semanal conocido como *El pensamiento de la nación*, de estilo periodístico y político. Es también en estos años, viajando y estudiando por Europa, cuando Balmes prepara su segunda y tercera obra filosófica: *Filosofía Fundamental*, que verá la luz en 1846 y con la que pretende recuperar la confianza en el conocimiento humano y la posibilidad de la certeza; y *Filosofía Elemental*, de 1847, que aglutinará las anteriores cuestiones filosóficas con un estilo ordenado y docente. Sus tres obras filosóficas, y cada una con un estilo y público diverso, aportan luz y criterio en medio de un siglo XIX donde el pensamiento criticista llenaba de escepticismo y confusión no sólo a pensadores.

Otras obras de gran relevancia, en estos últimos años de su vida, son: *Cartas a un escéptico en materias de religión* (1846), *Escritos Políticos* (1847) y su pequeño pero polémico opúsculo *Pío IX* (1847).

A principios de 1848, volvió a Barcelona. En mayo de ese mismo año regresa a Vic ya enfermo de tuberculosis, donde fallece el 09 de julio. Se le ha dado el título póstumo de “*doctor humanus*” y es que, su implicación intelectual y práctica para que «el hombre viva y viva en abundancia», le ha merecido tal título en tan pocos años de vida. Sirvan las posteriores reflexiones sobre la antropología balmesiana para recuperar su legado y aprovechar esta sana doctrina que comunica tal vida abundante.

1. Amor a la Verdad

El *leitmotiv* que impulsa a este autor en todo su quehacer es un profundo amor a la verdad. Con él se da comienzo a esta presentación de *la Antropología de Balmes*, pues es gracias a esa confianza y apuesta por la verdad-realidad por la que se justifica y alienta la búsqueda concreta de la verdad del hombre. Su propuesta *integral e integradora* será la consecuencia lógica y ontológica de su amable respeto a la realidad humana. Es más, la perennidad y actualidad que tiene su propuesta antropológica, encuentra su primera y principal fuente en ésta su característica docilidad a todo lo real³.

Ante la pregunta por qué sea la verdad, de la cual tantos contemporáneos suyos desconfiaban poder alcanzar, Balmes defiende que «la verdad es la realidad». Esta verdad que se fundamenta en lo real puede ser considerada de dos modos, verdad en las cosas o verdad en el entendimiento: «La verdad en la cosa es la cosa misma, verdad real u objetiva. La verdad en el entendimiento es el conocimiento de la cosa tal como ésta es en sí. Verdad formal o subjetiva⁴». El tipo de verdad por el que Balmes se va a preocupar recuperando explícitamente su pregunta, es la *verdad subjetiva*. De ella nos dice: «El pensar bien consiste o en conocer la verdad o en dirigir el entendimiento por el camino que conduce a ella. La verdad es la realidad de las cosas. Cuando las conocemos como son en sí alcanzamos la verdad; de otra suerte caemos en error⁵». Esto es, el que se pueda y de hecho se llegue a conocer la verdad, depende directamente de la adecuación del juicio a la realidad. Precisamente por esta dependencia del conocimiento a la realidad es por lo que se afirma de él que es un pensador profundamente realista.

³ «Con su intenso amor a la verdad, a pesar de su espíritu vehemente, nunca es violento, siempre trata al adversario con consideración; concilia siempre que puede, distingue entre lo que muere y lo que es inmortal, no se empeña en sostener lo que con el tiempo ha muerto, y examinando la doctrina del adversario, no la rechaza más que en lo que tiene de falsa, admitiendo lo admisible de la misma. Balmes nunca es temerario. (...) Es, como ahora suele decirse, un escritor que vive en la realidad». Joseph, TORRAS I BAGES, *Obres completes*, publicaciones de l'abadia de Montserrat, Volumen III. Montserrat, 1987, p. 762

⁴ J. BALMES, *FE, Lógica*, c.1; *OC*, BAC III, p. 8

⁵ J. BALMES, *El Criterio*, c.1, nº1; *OC*, BAC III, p. 553

Esta propuesta de realismo epistemológico que se remonta a Aristóteles o santo Tomás de Aquino, es presentada por nuestro autor de modo peculiar y renovado al hacerse cargo de los más recientes o modernos problemas cognoscitivos a su momento. Junto a aquel profundo *realismo* clásico, que busca ser fiel al término *ad quem* del conocimiento, se une un profundo *realismo subjetivo*, que se hace cargo del término *a quo* que lo lleva a cabo –el sujeto cognoscente que es “el ser humano”–. Esta doble clave metodológica, ser fiel al objeto y al sujeto en su respectiva riqueza y complejidad, en lo que en ellos haya de permanente y de cambiante, es lo que aporta a la filosofía y antropología balmesiana los ansiados frutos de actualidad y perennidad, de moderación o equilibrio filosófico, tan necesarios hoy y siempre. Llegados entonces a esa doble necesidad *realista* antropológica, Balmes propone la base fundamental para llevar a cabo cualquier investigación: contar con la propia *realidad subjetiva*, con el modo de conocer humano. Cabría hacerle aquí una petición de principio, pues éste sería ya un tipo de conocimiento objetivo o antropológico... Sí, nuestro autor no duda en reconocerlo, pero indica cómo es ineludible partir de él para poder construir todo lo demás. Dado el peculiar carácter de esta investigación, donde el objeto y el sujeto de conocimiento son el mismo, Balmes comienza su investigación afirmando esta limitación, y acepta con gran realismo que no podemos “dejar de ser hombres” para pensar y hablar sobre nosotros mismos⁶.

Como principales elementos a su *realismo subjetivo*, al descubrir y aceptar la naturaleza y alcance del propio conocimiento humano, Balmes recupera la posibilidad de la certeza humana en la existencia y comunión de tres criterios y principios válidos (conciencia, principio de no contradicción y evidencia); afirma con ello nuestro alcance cognoscitivo de lo real, que es posible pero limitado y nunca *creador*⁷; proclama la necesidad de que sea el *hombre entero* quien filosofe, rechazando los extremos racionalistas y empiristas; entreabre la puerta a la fe para que ayude y anime a aquella razón ampliada; y reconoce lo progresivo y esforzado de toda esta labor que precisa, tanto de un primer estudio analítico o en profundidad, como de uno sintético o aglutinador.

⁶ Cf. J. BALMES, *FF*, Libro 1, c. 2, nº 15; *OC*, BAC II, p. 19

⁷ Cf. J. ROIG GIRONELLA, en *Balmes, ¿qué diría hoy?*; Ed. Speiro, Madrid, 1971; p. 126.

2. El problema antropológico, ¿existe la naturaleza humana?

Apoyados sobre esta multiplicidad de principios básicos del conocimiento humano, recuperada la potencialidad y la fuerza de nuestra razón, Balmes puede afrontar la pregunta por el ser humano como objeto propio de su estudio antropológico. Movido por aquel profundo amor a la verdad, aplicado ahora a la verdad del hombre, quiere descubrir tanto lo que de esencial y permanente exista en él (sólo en la existencia de una cierta naturaleza humana puede explicarse y sustentarse la misma ciencia antropológica), como lo que de accidental y contingente tenga. En este permanecer en lo permanente y cambiar con lo cambiante, en esta fidelidad al hombre concreto –al cual quiere ayudar a alcanzar su máxima perfección– radica la perennidad y actualidad de ésta su concreta propuesta antropológica.

Una de las primeras preguntas a afrontar en la investigación antropológica actual es la de si esta ciencia tiene sentido, esto es, si existe aquella *naturaleza humana* común a la cual se quiere estudiar. Balmes ofrece en su teoría ontológica general⁸ una cumplida solución a este original problema: con la rehabilitación de las sustancias segundas, recupera la existencia de las naturalezas o especies, también la humana⁹; y con la rehabilitación de las sustancias primeras, la existencia concreta de los seres individuales. Es precisamente bajo la noción de sustancia primera “hombre/ser humano” donde se concilia un ser esencial y permanente con una existencia contingente y libre¹⁰. Aquí se encuentra la fructífera solución balmesiana a los diversos excesos antropológicos que niegan una u otra categoría, cayendo unos, los idealismos y esencialismos, en el panteísmo y la disolución del yo, y los otros, relativismos y existencialismos, en una exasperada autonomía que desemboca en la contradicción. Al recuperar Balmes la esencia y la existencia humanas recupera, a un mismo tiempo, la verdad

⁸ Cf. J. BALMES, *FF*, Libro I, *OC*, BAC II

⁹ «El hombre no se hace a sí propio, se encuentra hecho ya; las condiciones de su ser no es él quien las pone, se las halla impuestas. Estas condiciones son las leyes de su naturaleza; ¿a qué luchar contra ellas?». J. BALMES, *FF*, libro I, c. 34; *OC*, BAC II, p. 209

¹⁰ «(...) él es el dueño de su destino; el bien y el mal, la vida y la muerte están ante sus ojos; puede escoger, y nada es capaz de violentarle en el santuario de su conciencia». J. BALMES, *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*, c. 22; *OC*, BAC IV, p. 224

y la libertad del hombre, existencia libre que sólo llega a su perfección si asume y desarrolla su propia esencia o verdad.

Asimilada, así, la máxima “la verdad os hará libres”, el estudio antropológico balmesiano no sólo se ve justificado –pues existe el objeto de tal ciencia–, sino que se muestra como urgente e imprescindible para la realización y perfeccionamiento de cada hombre concreto ¡Cuánto más urgente cuando aquella realización esencial tiene un sentido y finalidad –existe una razón creadora que se lo ha dado– y cuando se ha observado que el cumplimiento de su dignidad moral depende del cumplimiento de ese fin¹¹!

Recuperada la *naturaleza humana*, Balmes se puede preguntar por qué sea ésta, por qué es el ser humano, por qué es lo *esencial* y *permanente* a él. Siguiendo su propuesta metodológica “realista subjetiva”, se aborda esta importante cuestión desde un primer estudio *analítico* (lo que le liberaba de cualquier forma de *panteísmo*), completándolo con el *sintético* posterior (librándole entonces del exceso *relativista*). Pero esta división metodológica se va a mostrar, en la antropología balmesiana, clave misma de interpretación del ser y *misterio humano*: Antropología *integral e integradora*.

3. Antropología integral e integradora

En torno a por qué elementos o constituyentes conforman al ser humano, en ese primer estudio analítico y que configuraría su denominada *Antropología integral*, Balmes afirma su existencia corpórea y espiritual, esto es, es necesariamente un ser corpóreo y anímico¹². Rechaza, así, toda teoría monista acerca del hombre, ni los *materialismos* ni los *espiritualismos* son fieles a su naturaleza propia. Tampoco es la suya una teoría dualista, donde la unión entre alma espiritual y cuerpo se produzca de forma accidental. Se trata, más bien, de una cierta unión sustancial de la que depende decisivamente su ser mismo (recuerda al hilemorfismo aristotélico recuperado por santo Tomás de Aquino).

¹¹ Cf. J. BALMES, *FF*, libro VIII, c. 19, nº 147; *OC*, BAC II, p. 658

¹² Cf. J. BALMES, *FF*, libro I, c. 34, nº 338; *OC*, BAC II, p. 205

Una vez consignada esta esencial dimensión *corpóreo-espiritual* del ser humano, y partiendo entonces del testimonio que le ofrece la conciencia, señala tres capacidades o potencias propiamente humanas: la sensibilidad, la inteligencia y la voluntad¹³, íntimamente relacionadas y unidas entre sí. Sin perder nunca de vista esta armonía y mutua necesidad (que luego veremos cómo lo más propio a la antropología balmesiana) deslinda la naturaleza de cada una de ellas, lo que les diferencia y les hace irreductibles (previniendo así cualquier tipo de *reductivismo*). Si estas facultades llegan a actualizar su concreta potencialidad, si cumplen con su especial misión y finalidad, entonces se perfeccionarán y llegarán a ser ontológicamente *verdaderas*.

En torno a la capacidad sensitiva comienza observando cómo es gracias a ella por la que se empieza a poner en relación el mundo extenso (el cuerpo y los demás seres corpóreos) con el mundo inextenso (el alma y las demás almas). Balmes distingue a continuación, al analizar los actos sensitivos presentes a la conciencia, entre dos tipos u órdenes de sensibilidad: un orden perceptivo, que aporta un primer conocimiento acerca del mundo externo, y otro apetitivo, que inclina hacia la posesión o abandono de esos objetos conocidos. Se detiene a analizar lo propio y progresivo de cada uno de ellos.

En torno a la primera, la *sensibilidad perceptiva*, Balmes defiende que el conocimiento humano debe comenzar por ella¹⁴ y, apoyándose en esos datos proporcionados por las sensaciones, elevarse al conocimiento racional o intelectual. La diferencia fundamental a estos dos niveles de conocimiento humano es que, si bien el sensitivo —el *ver* del que participan los animales—, nos proporciona imágenes de lo individual y corpóreo, de los fenómenos sensibles; el segundo, el entendimiento perceptivo o aprehensivo —nuestro exclusivo *entender*—, nos posibilita conocer *el qué, la índole o esencia* de ese mismo “ser visto”. A este respecto señalaba Balmes dos funciones fundamentales a esta *sensibilidad representativa*: la de atender a las necesidades más básicas de nuestro cuerpo, y la de desarrollar las facultades superiores del espíritu.

¹³ Cf. J. BALMES, *FF, libro X*, c. 21, n° 279; *OC*, BAC II, p. 823

¹⁴ Cf. J. BALMES, *FE, Metafísica- Estética*, c. 19, n° 153; *OC*, BAC III, p. 241

Además de la sensibilidad interna –añade– “tenemos otra que denominaremos *afectiva*”. Ésta no nos ofrece objetos, sino que nos pone en relación con ellos inclinándonos o apartándonos de los mismos¹⁵. La principal función de nuestra *afectividad sensible* es, por tanto, la de actuar a manera de resorte, impulsándonos a buscar lo que nos conviene y a huir de lo que nos daña. Dentro de ella es preciso diferenciar, a su vez, entre los actos sensibles que se ordenan inmediatamente a la conservación de aquel individuo o de su especie, los denominados apetitos, y los que tienen un objeto diverso al de la simple supervivencia, los sentimientos o pasiones. Nuestros apetitos o afectividad sensible más elemental, nos inclina o aleja de los objetos en la medida en que su cercanía o posesión nos produce, o priva, de un placer o dolor sensibles. Los sentimientos, por guardar ya algún tipo de relación con la razón y voluntad, llevan tras de sí un gozo o dolor de diversa índole, de cariz espiritual.

La segunda facultad propiamente humana es el entendimiento o capacidad racional; facultad representativa superior que nos eleva por encima de lo particular y contingente ofreciéndonos un conocimiento de *esencias*. Es gracias a ella, concretamente al acto judicativo¹⁶, por la que el ser humano puede llegar a conocer la verdad-realidad tanto en lo que tiene de permanente como en lo que tiene de cambiante. De su buen ejercicio y realización, en sus tres principales actos –percibir, juzgar y discurrir¹⁷–, dependerá el buen pensar y conocer de toda vida humana.

A la facultad representativa superior le acompaña una facultad afectiva superior, la voluntad. Esta tercera potencia humana, que nos inclina o aleja de los objetos conocidos, está inseparablemente unida al conocimiento racional. Balmes no deja de consignar su intrínseca diferencia, pero su ineludible unidad¹⁸. De aquí brota su concepción de la libertad en dependencia de la verdad, lo que, y cómo ya se ha anotado, le libera tanto de todo existencialismo y voluntarismo como de todo determinismo y materialismo. La voluntad humana es libre, así lo certifica el testimonio de la conciencia, así lo exige la misma naturaleza

¹⁵Cf. J. BALMES, *FE, Metafísica- Estética*, c.18, nº 147; *OC*, BAC III, p. 239

¹⁶ Cf. J. BALMES, *FE, Lógica*, libro II, c.4, nº 220; *OC*, BAC III, p. 59

¹⁷ «Percibir con claridad, exactitud y viveza; juzgar con verdad; discurrir con vigor y solidez, he aquí los tres dotes de un pensador». J. BALMES, *El Criterio*, c. 13, nº 1; *OC*, BAC III, p. 621

¹⁸ Cf. J. BALMES, *FE*, libro IV, c. 22, nº 142; *OC*, BAC II, p. 478.

racional. Mas esta libertad no es absoluta, sino relativa al propio bien y fin de la vida humana. Por eso la voluntad dependerá ineludiblemente de la razón (conocimiento de la verdad y del bien) y de la moral (del orden querido por Dios¹⁹). En último término –concluye el vicense-, para que la voluntad humana llegue a ser verdadera y plenificadora, tiene que llegar a querer (volitiva y afectivamente) el propio deber ser, el bien, la ley natural²⁰. Sólo así llegará a su propia beatitud; si llega a conocer, amar y vivir el orden querido para él. Moralidad y felicidad aparecen, así, íntimamente relacionadas en la concepción moral balmesiana, mas no se identifican ni pueden reducirse.

Una vez el vicense ha consignado y recuperado la riqueza y diversidad de potencias en el hombre interior, una vez ha asumido su ser integral, sin reducir ni obviar ninguna dimensión ni capacidad humana, descubre una profunda unidad dentro de esa gran diversidad y multiplicidad. Es en la propuesta de su estudio sintético posterior, al recordar el ejemplo del Tintorero²¹, dónde amanece su *antropología integradora y armónica*, clave principal y más original de su pensamiento. Se trata ya de una antropología del ideal humano que, partiendo de su concreta situación desordenada, encuentra en aquella “unidad en la diversidad” (interior y exterior) el camino a recorrer para llegar a su mayor sosiego y plenitud. Y, lejos de ser algo meramente utópico o futurible se manifiesta como profundamente realista y actual. Esto es, en la medida en que se entiende que el hombre tiene un fin y sentido en su vida –una naturaleza perfectible–, en la medida en que se observa que todavía no lo ha alcanzado pero que puede y debe hacerlo, consciente y libremente, en esa misma medida, esa falta de correspondencia entre *el ser actual* y el *deber ser* deja de ser un problema para la coherencia interna de aquella teoría antropológica y se convierte, más bien, en su misma razón de ser y justificación.

Balmes defiende, por tanto, que el hombre es un ser en camino, en peregrinación hacia una meta, que esta meta existe –su vida tiene un sentido– y que puede llegar a alcanzarla. El peregrinar humano tiene, así, una razón de ser y un término hacia el que dirigirse. Ahora bien,

¹⁹ «El orden moral es el mismo orden en las criaturas en cuanto amado por Dios». Cf. J. BALMES, *FE, Ética*, c. 12, nº 71; *OC*, BAC III, p. 130

²⁰ Cf. J. BALMES, *FE, Ética*, c. 11, nº 60; *OC*, BAC III, p. 129

²¹ Cf. J. BALMES, *El Criterio*, c. 13, nº 4; *OC*, BAC III, p. 627

¿de dónde parte y cuáles son los medios con los que se cuenta en esta peregrinación?, ¿cuál es el objetivo o fin a la misma?, y, en función de ambos, ¿cuál es el mejor camino a elegir y emprender?

El filósofo de Vich consigna de forma muy realista la condición actual y los medios con los que cuenta el ser humano. Observa, además de la ya anotada condición corpóreo-espiritual y sus potencias cognoscitivas y afectivas, dos hechos fundamentales a su actualidad: su ser finito y limitado (aunque con un deseo ilimitado de “siempre más”) y la condición desordenada de esa finitud. Con ello presenta no sólo la ausencia de actualización a su naturaleza finita, sino la desarmonía o ruptura interior que en ella existe. Esta lucha interior es consignada por el vicense como un hecho irrecusable, y encuentra en la explicación que a ella da la revelación –se trata de una condición caída a su condición original–, la mejor solución a este misterio humano.

Contando con este difícil “haber”, con esta situación escindida en la naturaleza humana, surge la necesaria pregunta por si podrá alcanzar la meta o ideal a la que estaba llamada, es más, ¿cuál era este ideal de perfección?

El vicense, habida cuenta del orden y perfectibilidad que encierra todo el universo, distingue una concreta y especialísima perfectibilidad al propio ser humano. Junto a un primer orden natural –que comparte, en cierto modo, con el resto de los seres vivos y salvada su alta dignidad entre ellos (racional y volitiva²²)–, está llamado a un orden o perfección superior, a un fin sobrenatural gratuito.

El primero, el fin natural humano, consiste en alcanzar el mayor perfeccionamiento y actualización de todas sus potencias y capacidades naturales, esto es, que su cuerpo y su alma –sensibilidad, entendimiento y voluntad– lleguen a su más cumplida perfección en la comunión y armonía entre sí²³. Por ello, apunta el vicense, en el conocimiento y

²² Cf. J. BALMES, *FF, Libro I, c. 32*, nº 325 y siguientes; *OC*, BAC II

²³ Como anota Balmes, en un cierto “máximo bienestar, máxima inteligencia y máxima moralidad”

contemplación de la verdad, en el amor y adhesión al bien, encuentra el hombre su más profunda alegría y paz. Ahora bien, ¿es suficiente este ideal o fin natural para la plena felicidad del hombre? Mientras los demás seres sí parecen allí alcanzarlo –cada uno en función de su propia naturaleza–, el ser humano experimenta aquella paradójica insatisfacción del “siempre más”. Este progresivo y siempre limitado *perfeccionamiento natural* se le muestra como insuficiente, y es aquí donde Balmes detecta e introduce un más alto ideal sobrenatural.

El *fin sobrenatural* al que el ser humano está llamado –auxiliado por el conocimiento que le aporta la revelación²⁴– responde a ese anhelo intrínseco del que no puede evadirse, a ese deseo de infinito, eternidad y verdadero amor (acogida del don recibido y entrega de sí) que continuamente consigna. El que es el Eterno, el Infinito y puro Amor –así lo presenta la revelación cristiana en boca de Balmes– sale entonces a su paso y le eleva hasta sí por puro don y gratuidad. Si bien natural y actualmente –como seres limitados y temporales– los seres humanos no podrían alcanzar la verdad y el bien absoluto que anhelan (ni tan siquiera cumplidamente los relativos, dada su naturaleza *caída*), se le ofrece –parcial pero verdaderamente en esta vida y plenamente en la eterna– la posibilidad de la visión intuitiva y el amor beatífico de Dios. Y es precisamente porque en este ideal propuesto las potencias o facultades humanas llegan a alcanzar el objeto infinito o más excelso tanto intelectual como afectivamente posible, por lo que el vicense señala: «Prescindiendo de toda consideración religiosa, no puede imaginarse cosa más grande, más elevada, que el constituir la dicha suprema en la visión intuitiva del Ser infinito (...)»²⁵.

Partiendo entonces de aquella actual y penosa situación humana, finita y desordenada, teniendo bajo la mirada el excelso fin al que se debe llegar, la Verdad y el Amor plenos, se recupera la entreabierta pregunta por si se puede alcanzar aquel ideal y perfectibilidad anhelados y cuál sea el mejor camino para hacerlo. Balmes responde positivamente, proponiendo como camino para esta peregrinación el del combate o lucha por la armonía e

²⁴ Sin perder nunca de vista cómo esta acogida de la revelación (a través de la fe) es para el pensador de Vich la actitud más racional ante los límites de la propia razón humana.

²⁵ J. BALMES, *Cartas a un escéptico*, carta XVII; OC, BAC V, p. 399

integración. Integración a tres niveles: Armonía o unidad *interior*, con uno mismo entre sus potencias: entre lo que conoce, ama y vive; unidad o armonía *exterior*, con los que le rodean y necesita vivir; y unidad o armonía con *Dios*, con su voluntad, que es el que le ha dado su propio ser y el de toda la realidad y, por tanto, del que dependen los dos órdenes y armonías anteriores.

Comenzando con la propuesta balmesiana de un primer orden o *armonía interior*, se observa que el orden *cognoscitivo*, tanto inferior como superior, deben preceder al orden *afectivo* (inferior) y *volitivo* (superior), así como que esta *afección* y *volición* son las que deben preceder y mover para el concreto *hacer humano*. Ahora bien, aunque estas tres potencias tienen un objeto propio al que deben arribar siguiendo un cierto orden o jerarquía entre sí, están tan íntimamente relacionadas en el ser humano que se entorpecen o ayudan constante y recíprocamente; van las tres de la mano en la prosecución de su último fin. Para que efectivamente se ayuden y ordenen, para llegar a *pensar, querer y actuar bien* –en el cumplir con su *deber ser*, libremente y por amor, está el culmen de la perfección y felicidad natural humana–, Balmes recomienda el procurar una *cabeza de hielo, un corazón de fuego y una mano de hierro*²⁶. En este punto sus reglas prácticas se multiplican, destacando entre todas ellas la doble lucha contra la soberbia e irreflexión y la pereza e inconstancia, dos de las pasiones más insidiosas a nuestra naturaleza²⁷. Es en este punto donde la doctrina balmesiana se muestra singularmente original y humana.

Ineludiblemente unido a este ideal de armonía interior, *del hombre entero*, se encuentra la propuesta educativa balmesiana. Educación y autoeducación son necesarias para alcanzar aquella perfección personal interior. Se descubre, así, a la base de su modelo educativo –como razón y animador de él–, esta antropología integral e integradora del “hombre en camino”²⁸.

²⁶ J. BALMES, *Pensamientos en Miscelánea*; OC, BAC VIII, p. 341

²⁷ Cf. J. BALMES, *El Criterio*, c. 19 y c. 22; OC, BAC III

²⁸ «Balmes –como hemos visto– toma el nombre de verdad en toda su amplitud: es la aplicación debida y exacta de todas y cada una de las facultades humanas a su objeto conveniente. Esto es, la vida espiritual del hombre, y el prepararlo y formarlo para que así lo haga con perfección y habitualmente, es educarle». I. CASANOVAS, *Biografía*, libro II, c. 2; OC, BAC I, p. 152

Gracias a sus concretas directrices –principalmente sirviéndose del silencio, la reflexión y laboriosidad, la constancia y la humildad (...)– se va alcanzando el necesario equilibrio humano a todas sus potencias, evitándose los dañinos extremos de soberbia y racionalismo frente al espectáculo del irracionalismo; de revolución frente a la rutina o pereza; de la indiferencia frente al fanatismo...

Junto a aquella armonía interior Balmes presenta como necesaria e ineludible la *armonía y unidad para con los otros hombres*. El hombre “es un ser sociable por naturaleza”, y es en esa comunidad y mutua ayuda donde el vicense encuentra una peculiar riqueza del ser humano. La indigencia humana y su necesidad de los otros, si es aceptada y bien ordenada, le realiza y perfecciona más plenamente, pues pone en marcha su más preciada capacidad de amar (*eros*–acogida y *ágape*–entrega). El vicense ofrece así una equilibrada propuesta sociológica y política donde el bien del hombre, de cada hombre (desde la clave del amor), es el centro y fin de su concepción. Se encuentra, en este punto de su concepción *sociológica*, una nueva manifestación de su actitud de equilibrio, que ofrece la puerta de salida tanto a los extremos *comunistas o igualitaristas* (en los que se disuelve la singularidad de la persona) como a los *liberalistas* e individualistas (que llegan a negar esta necesaria dimensión social).

Derivada de esta importante aportación del equilibrio individuo-sociedad, se encuentra su también fundamental propuesta de en qué consista el verdadero progreso o Civilización. Así, si el fin de la sociedad es promover y cuidar el mayor bien y perfección de cada hombre, si el bien de éste pasa por el respeto y cuidado de su complejidad y unicidad –necesidades físicas, intelectuales y morales–, entonces el ideal de *Civilización* consistirá en «La mayor inteligencia posible para el mayor número posible; la mayor moralidad posible para el mayor número posible, el mayor bienestar posible para el mayor número posible»²⁹.

Propuesta la unidad o paz interior entre todas las potencias del ser humano, ofrecida la unidad o paz exterior con sus coetáneos –ambos niveles de unidad le acercan a su perfectibilidad

²⁹ J. BALMES, *FE, Ética, c. XXI, n.º 173*; BAC III pp.161-162

natural—, Balmes presenta la necesidad de la *unidad con Dios* para alcanzar su mayor y último fin. Esa unión con Dios —a la que encamina la razón (como razón primera, a la que todo da orden y sentido)—, precisa del salto de la fe, la confianza y el amor, esto es, de la vivencia religiosa³⁰. En la propuesta balmesiana la religión verdadera es fuente, camino y culmen de la mayor integración y unidad humana; principio y fin del mayor perfeccionamiento natural y sobrenatural. Es interesante detenerse aquí en algunas de sus consideraciones.

El pensador de Vich descubre en primer lugar que, en la aceptación y prosecución de los dos niveles de perfeccionamiento anteriormente descritos, esto es, en el reconocer una *naturaleza humana perfectible* —que pasa por la unidad personal o interior y social o exterior—, ya hay una primera noticia de la existencia de una *Razón creadora* y de una cierta adhesión y unidad con su Voluntad. Es aquí donde se encuentra, por tanto, un primer orden de racionalidad y naturalidad al hecho de adherirse a aquella voluntad divina, una cierta religión natural.

Una vez la razón y la búsqueda del logos y sentido al cosmos y al propio ser humano ha abierto la puerta a ese reconocimiento y dependencia a aquella *Razón primera*, Balmes observa cómo la misma racionalidad nos lanza a algo más que al mero conocimiento del hecho. Existiendo ese Ser, Razón primera que ha dado el ser a todo, ¿no será razonable, *justo y necesario*, que el ser humano entre en relación con Él “dándole gracias y bendiciendo su nombre”? Aquí es donde el papel de la religión, de la profesión y adhesión de fe —que va más allá del mero reconocimiento racional—, se muestra a la reflexión balmesiana como muy razonable; es más, como elemento *natural* para la misma perfectibilidad humana —principalmente porque le ofrece un sentido de vida actual y porque le lleva a amarse bien a sí mismo—.

Mas, esta propuesta de *religiosidad* como elemento plenificador a nivel natural humano —tanto en su dimensión individual y personal como en su dimensión social y civilizadora— ¿significa o supone que Balmes defienda y acepte cualquier *forma religiosa* como humanizadora? No, en absoluto, reconoce, por el contrario, la existencia de formas patológicas y degradantes de

³⁰ Cf. J. BALMES, *FE*, c. 63; OC, BAC III, pp. 535-537

religiosidad, e incluso entre aquellas que lo son de modo ordenado y sano, indica cómo sólo la religión verdadera –sólo una puede serlo– será la que lleve al hombre a su más cumplida plenitud. Una plenitud, por tanto, que ya no sólo se reduce a la meramente natural –e incluso a este nivel natural, no sólo en cuánto que nos ha dado esa naturaleza humana, sino en tanto que la restaura y perfecciona–, sino que le alcanza la *sobrenatural*: la unión perfecta y eterna con Dios *Logos y Amor* –fin revelado y prometido por la religión católica–. Se encuentra aquí la propuesta balmesiana de religión, «en cuanto nos guía al soberano complemento de toda civilización, al último fin de todo individuo y de toda sociedad: a Dios³¹».

Conclusiones

En la antropología balmesiana se hayan claves fundamentales para ayudar al hombre de hoy, hombre y sociedad siglo XXI que se encuentran desorientados, confundidos, encerrados en sí..., y no sólo como consecuencia de la pandemia COVID- 19, sino especial y particularmente por la crisis existencial y de sentido de nuestra contemporaneidad. Se incide a continuación, a modo sintético y de conclusión, en las principales aportaciones de este trabajo que muestran la vigencia y actualidad de la antropología integral e integradora de Jaime Balmes.

. Con la recuperación de una naturaleza humana que permanece, pero con la existencia concreta que cada ser humano debe *libremente* actualizar y plenificar, se encuentra el término medio y puerta de salida a todo extremo esencialista- determinista, por un lado, que llevan al inmovilismo, la rutina y la flojera; y a todo extremo existencialista- voluntarista, por otro, que llevan al ser humano a caer, por la exaltación de la soberbia e idealización de la revolución, en la contradicción, el absurdo y la insatisfacción más profunda.

. Desde esta propuesta realista moderada, donde verdad y libertad humanas se reconcilian, destaca el profundo respeto balmesiano a la riqueza y diversidad del ser humano, que está

³¹ J. BALMES, *OC*, BAC V, p. 68

llamado a la *unidad y armonía* entre sí (interior y exterior) como camino, siempre perenne y siempre actual, que cada hombre debe emprender para llegar a su plenitud y felicidad. Algunos frutos más concretos de ésta su propuesta *integral e integradora*, son:

- En la armonía interior del hombre consigo mismo se encuentra: la rehabilitación de la verdad frente al relativismo reinante que nos rodea; la posibilidad del bien y la fuerza en el quererlo frente al emotivismo actual; y la eficacia del ponerse en marcha sin dudas ni rodeos frente a flojeras, rutinas o inmovilismos. Esto es, una salida o respuesta concreta a la llamada cultura juvenil del *ni, ni*.
- En su armonía exterior para con los otros, del hombre en sociedad, se descubre su respuesta a la crisis económica y social derivada, en muchos casos, por los individualismos atroces, que desembocan en continuos separatismos, o por los comunismos totalizadores, que degradan la singularidad y dignidad personal.
- En su unidad exterior para con Dios, la unión perfecta y eterna con Dios *Logos y Amor*, una salida a esa insatisfacción y falta de sentido que, en nuestras sociedades del *bienestar* (donde se olvida que el ser humano es más que satisfacción material) se acusa cada vez más.

Referencias

- Balmes, J. (1948). *Biografía y Epistolario. Obras Completas (I)*. Madrid: BAC.
- Balmes, J. (1948). *Filosofía fundamental. Obras Completas (II)*. Madrid: BAC.
- Balmes, J. (1948). *Filosofía elemental y El Criterio. Obras Completas (III)*. Madrid: BAC.
- Balmes, J. (1949). *El protestantismo comparado con el catolicismo. Obras Completas (IV)*. Madrid: BAC.
- Balmes, J. (1949). *Estudios apologeticos. Cartas a un escéptico. Estudios sociales. Del Clero Católico. De Cataluña. Obras Completas (V)*. Madrid: BAC.
- Balmes, J. (1950). *Biografías. Miscelánea. Primeros escritos. Poesías. Obras Completas (VIII)*. Madrid: BAC.
- Casanovas, I. (1942). *Balmes, su vida, sus obras y su tiempo*. Barcelona: Ed. Balmes.
- Chivite, Cm. (2016). *La antropología integral e integradora de Jaime Balmes*. Madrid: FUE.
- Roig Gironella, Juan (1971). *Balmes, ¿qué diría hoy?* Madrid: Speiro.

Torras I Bages, Joseph (1987) *Obres completes (III)*. Montserrat: publicaciones de l'abadia de Montserrat.